En cuanto á ti, continuó, gorrioncillo, mamá te espera. Tiene que comunicarte algo grave... No digas que te lo he dicho... pero cuando respondas, fijate bien en lo que dices... No me preguntes nada. Recuerda únicamente la hermosa frase de Goethe que tantas veces te he repetido: En nuestra primera acción somos libres, pero no en la segunda... En Chevagnes decimos esto con más sencillez: Quién no se enreda no tiene necesidad de desenredarse. — Vamos, abrázame, querida niña...

Aunque la dulce y silenciosa Reina, estaba acostumbrada á vivir en sí misma y á adormecer su sensibilidad con reflexiones, ¿cómo podría carecer de esa ligereza de alma tan natural á su edad, alegre y fácil á la esperanza? ¿cómo hubiese podido pasar sin abrazar á su padre con infinita gratitud interpretando como una promesa feliz esa transparente alusión á una petición de mano? Sin duda alguna, la carta de la madre de Carlos había llegado. Sus padres habían deliberado é iban á dejarla que respondiese con completa libertad. Por un momento, oyó en su imaginación el ruido del viento al chocar contra los pinos y el estridente canto de las cigarras. Volvió á ver la casa de labor envuelta en la tan deseada atmósfera de tranquilidad, y la joven se arrojó sobre el pecho de su padre al mismo tiempo que le decía:

- ¡ Qué bueno es usted y cuánto le quiero !... - ¿Será verdad, como piensa su madre, que desea casarse con Faucherot?... - se preguntaba Hector sentándose ante la mesa del despacho y comenzando á contar las cuartillas destinadas á su Clavaroche. - Mi hija ha comprendido muy bien que se trata de matrimonio, y es demasiado sagaz para no adivinar con quién, á menos que... - Y el digno hombre apoyó la cabeza entre sus manos en actitud de profunda meditación. Por primera vez, desde varios años, quedóse ante las cuartillas, ya preparadas, sin pensar en la tarea. No obstante, no se atrevia á traducir este « al menos que... » en lo que tenía de real, de formularse á sí mismo la idea anunciada á su mujer, la víspera, y rechazada por esta última, con desdeñosa ironía. El imperio de los caracteres firmes, sobre los débiles, se ejerce en el dominio del

pensamiento antes de ejercerse en el terreno de la voluntad. La energia con que Matilde había rechazado la hipótesis de cualquier sentimiento de Reina por Carlos Huguenin, todavia sugestionaba á Le Prieux, v, dudando de su propia intuición, lanzó un suspiro, abrió el tintero, y se puso á escribir diciéndose :

— Sólo una madre es capaz de conocer á su hija. Esperemos á que hayan terminado de hablar...



– En nada y en nadie en particular...
(påg. 119.)

Mientras el papel crujía bajo su pluma, por fin lanzada á gran velocidad, las dos mujeres hablaban, á dos pasos de él, en la alcoba de la señora Le Prieux, separada del estrecho gabinete de trabajo por la alcoba mucho más estrecha, en donde reposaba el jornalero literario. Sin duda alguna, esta infatigable pluma se le hubiera caído de la mano, si los delgados tabiques se hubieran derrumbado de repente permitiéndole sorprender, en su cruel desnudez, la conversación de madre é hija. Esta última, por primera vez desde hacía mucho tiempo, desde la época en que su piedad por la servidumbre de su padre había comenzado á despertarse, entró en la alcoba de la señora Le Prieux confiada, con el corazón en la mano, con su ternura de niña agradecida en el borde de los párpados, pronta á romper en lágrimas de alegría, con la confesión de su cándido amor en los labios... Inmediatamente, este primer impulso había sido paralizado

con el solo choque de la mirada del déspota doméstico de quien dependía el porvenir de su corazón. Cuando entró la joven, la señora Le Prieux se encontraba en el lecho, pues se había vuelto á acostar, como hacía á diario después de tomar el baño, para no levantarse hasta una hora muy avanzada de la mañana. La señora Le Prieux tomaba su baño á la temperatura y durante el tiempo fijado por su médico. El espíritu realista, particular á los meridionales, gente tan positiva para todo lo que desean y comprenden, hacía que observara con extremado rigor las menores precauciones del régimen que debía conservar su salud y con su salud su belleza. Veinte detalles de esta habitación, atestiguaban claramente que el culto de la señora Le Prieux por esa belleza, era permanente, aunque fuese en la más extricta intimidad, pues, por decirlo así, siempre estaba en ese punto con la diligente vigilancia y cuidado de una esclava de sus encantos aunque únicamente se compusiera el público de su marido, de su hija y de su doncella. Así pues, para la hora que pasaba reposándose al salir del baño, poseía una deliciosa colección de peinadores de seda, de crespón de China ó de batista, según la estación. Aquella mañana llevaba uno de color de rosa y una especie de mantilla de encaje cubria sus cabellos, que durante la noche peinaba en trenzas : rizos artificiales formaban un marco á su frente. La señora Le Prieux empleaba esos bucles postizos que se quitaba al hacer su tocado de tarde, con objeto de ahorrar á sus verdaderos bucles un doble rizado. El color general de su habitación, con sus muros cubiertos de una tela de seda amarilla, con rayas alternativamente mates y brillantes, con la obscura caoba de sus muebles, estilo Imperio, sus tapices de un verde delicado, había sido seriamente combinado en otro tiempo para que se armonizase con su tez morena y su piel mate. Colocada delante de ella, sobre un edredón de seda amarilla, que se armonizaba bien con los colores de las paredes, había una ancha mesa móvil, de diminutas patas, de la que hacía uso, para colocar la carpetita que le servia para su correspondencia, al lado de una caja que encerraba varios objetos de concha destinados á cui-

dar sus manos. Cuando Reina avanzó hacia ella, para darle los buenos días, la señora Le Prieux estaba ocupada en pulirse las uñas. Un cordial y ligero perfume de ámbar y de verbena había sido vaporizado en esta habitación, casi fría, á pesar de la llamita de la chimenea. Las ventanas, sobre las cuales se dibujaban los fantásticos ramajes de la escarcha, habían sido higiénicamente labiertas durante, más de media hora, Sorprendida así, en esta tarea y con este tocado, con este decorado y entre esos perfumes, la « hermosa señora Le Prieux » hubiese producido la impresión de una incurable niñería, si su rostro, blanco de polvos, no hubiera sido trágico bajo las huellas de la edad, señales que, á pesar de todo, habían hecho presa en sus párpados, alrededor de las sienes, en las líneas de la boca y en los pliegues del cuello; y hasta el mismo contraste buscado entre los delicados colores de la habitación y su palidez, hacían resaltar más la singular dureza de sus rasgos, todavía hermosos, pero de una belleza casi siniestra, que el brillo de sus negras pupilas aumentaba todavía. Matilde las fijó inmediatamente en las de Reina, mientras que la boca, de tan imperioso repliegue, cuando estaba en reposo, se abría para decir, una vez informada de sus respectivos estados de salud :

— Querida hija, tengo necesidad de que me prestes toda tu atención. Tengo que darte cuenta, de algo sumamente importante.

— Ya la escucho, mamá — respondió Reina. Aunque las esperanzas de hacía un momento habían sufrido una paralización al oir esta voz, y ante el temor de que su madre la hiciera graves objeciones respecto al matrimonio con su primo, la joven no dudaba de que se tratase de esa boda, y la idea de que iba á tener que luchar por su amor, iluminó su lindo rostro mientras decía: — Ya me ha advertido mi padre.

— 1 Ah! ¿tu padre se me ha adelantado? — dijo la señora Le Prieux. — No obstante, me había prometido que yo te hablaria primero...

Mi padre solo me ha dicho que usted me esperaba
 interrumpió la joven enrojeciendo á consecuencia de

este medio embuste que su madre no creyó del todo. Nuevamente, para sondear hasta el fondo del corazón de su hija, lanzó sobre ella esa aguda mirada, la misma con la que interrogó á su marido en el cupé cuando la había preguntado. - ¿Sabes lo que piensa Reina? - La señora Le Prieux tenía allí, oculta entre el papel secante, la carta de la señora Huguenin, recibida la vispera, y que le pedía, ó casi, la mano de Reina para Carlos. Matilde consideraba como un deber no hablar de esta carta á su hija y había decidido no dar cuenta de ella á su marido hasta después, cuando se hubiese arreglado el matrimonio con Faucherot. La señora Le Prieux justificaba este doble silencio fundándose en que la carta de la madre de Carlos no era decisiva y se justificaba, sobre todo, por la convicción que tenía de trabajar por la felicidad de su hija. Por lo demás, ¿era culpable de concebir esa felicidad según su naturaleza? ¿Lo era considerando á su marido como á un soñador y como á un débil, al que había tenido necesidad de proteger, no consultándole en una decisión cuyos verdaderos motivos no podían, no debian ser conocidos por él ? Matilde iba á descubrir á su hija esos verdaderos motivos, y esta parte de franqueza era, á sus ojos, una compensación al silencio que guardaba acerca de otro punto.

— Hija mía — comenzó después de haber comprobado que las obscuras pupilas de Reina eran, como de costumbre, impenetrables para las suyas, — es preciso que comience mi narración por una lejana fecha. Ya comprenderás después por qué procedo así. — Pasado un momento de silencio continuó. — Cuando me casé con tu padre, ya sabes que no éramos ricos y el por qué de ello. Lo hubiéramos sido si tu abuelo hubiese hecho como la mayoría de los financieros de ahora, que después de cada quiebra se encuentran con algunos millones más. Era un hombre muy honrado, ya ves, y, gracias también á tu abuela, podemos mirar frente á frente á todo el mundo... En nuestro desastre, no hemos perjudicado á nadie en un céntimo... Tu padre y yo, nos casamos con lo preciso para no morir de hambre al día

siguiente. Si, esos han sido nuestros modestos principios y de ahí hemos llegado á la posición que tenemos hoy día, y que por tanto, es la tuya. ¡Ah! Puedo alabarme de solo haber trabajado en eso desde hace muchos años y, en cuanto á tu padre, no ha retrocedido para ayudarme, ante ningún trabajo...¡Ah! eso no era muy fácil. La sociedad tiene prejuicios contra los escritores, sobre todo contra los periodistas; y convengo en que son prejuicios generalmente merecidos. Tu padre ha sido perfecto, y no ha escrito un solo artículo sin demostrar que era un hombre de mundo. Debo agregar que han sabido agradecerlo. ¡Te digo eso, con objeto de que siempre estés reconocida á ese pobre hombre que ha trabajado tanto!

La inconsciente y orgullosa mujer acompañó este elogio con un nuevo silencio y un suspiro, otorgado al destajista literario al que había explotado y que todavía explotaba implacablemente. Mientras escuchaba este exordio, Reina había experimentado esa extraña sensación de frío en el alma que conocía demasiado por haberla sufrido cada vez que chocaba con ciertos sentimientos de su madre. Este extraño malestar, aumentábase todavía ante la solemnidad que la señora Le Prieux daba á este discurso preparatorio. ¿Qué significaba esta evocación de los recuerdos de su propia vida? No obstante Reina no quiso dejar sin respuesta este llamamiento filial y dijo:

— Conozco cuánto trabaja mi padre y lo que le debo; mamá, le aseguro que no soy ingrata...; Ay! creo que trabaja demasiado.

La joven no había medido el alcance de sus palabras; se escaparon éstas tan involuntariamente, que ella misma quedó desconcertada. Y lo fué todavía mucho más, cuando vió que su madre se apoyaba en ella para pasar á una nueva y grave confidencia:

— Veo con alegria que me comprendes muy bien, querida Reina — había continuado su madre. — Sientes por ese hombre los mismos temores que yo. Es cierto; para su edad trabaja demasiado. Se fatiga... y todavía trabajaría más si se enterase de lo que vas á saber...

pero ante todo, es preciso que me jures, oyes bien, que me jures que ese secreto morirá entre nosotras.

— Se lo prometo, mamá — respondió la joven, sin agregar una palabra más. Si la señora Le Prieux la hubiese mirado de nuevo con sus ojos escrutadores, hubiera podido advertir que temblaba. ¿A qué tantos preámbulos para preguntarla lo que esperaba y que la joven le parecia tan sencillo de exponer? « Tu primo Carlos quiere casarse contigo, ¿qué debemos responder...» Y en lugar de eso, he aquí las palabras que escuchaba:

- Este secreto, hija mía, que tu padre ignora, es el de que, á pesar de su encarnizado trabajo, á pesar de mis prodigios de economía, no hemos podido llegar á la posición de que te hablaba hace un momento, sin que nuestro prespuesto de gastos exceda desde hace diez años, y cada vez más, al de ingresos... No obstante, conoces el interior de la casa y ves que economizamos en todas las cosas, en la comida, cuando estamos solos, y en el tocado. Ya sabes el cuidado que he puesto siempre en evitar los trajes demasiado llamativos, con objeto de hacer durar nuestros vestidos. No hay que decirte cuantas veces se los ha transformado, y que no vamos á los establecimientos de fama sino lo estrictamente preciso, contentándonos con tener una modista de poco precio y un joyero de poca monta. No tenemos caballos y cuando viajamos, tu padre siempre saca un billete de favor y nosotros nos servimos de su título de periodista para obtener en los hoteles las más ventajosas condiciones. De nada de eso me quejo, aunque he sido educada sin conocer tales miserias; lo que me es muy doloroso, es que después de tanto trabajo por él, para que alcance la posición social que ocupa, á pesar de su profesión, y por ti, para que tengas las relaciones que mereces, he caído en lo que mi madre me había enseñado á aborrecer más. Una palabra te lo explicará todo, hija mia: tenemos deudas.

— ¿Deudas? — repitió Reina á quien la frase relativa à los gastos hechos por ella había herido en medio del corazón. No obstante, era verdad que nada se había escatimado nunca para su educación, para sus placeres, para su tocado. La joven no pensó en preguntarse la razón de las confidencias que le hacía la señora Le Prieux. Reina, únicamente sentía los sacrificios que su madre había hecho por ella, sin duda alguna, á su manera, pero al fin, sacrificio, y la delicada niña, dijo en voz muy baja:

— ¿Deudas? ¿han contraído ustedes deudas por mí? ¿Deudas? ¡Ah! mamá, qué razón tiene usted en que papá no sepa nada. Pero ¿cómo vamos á pagarlas sin que papá aumente su trabajo?...; Dios mío!... — agregó timidamente, — ahora que nuestra posición social está hecha, como usted dice, ¿no habría medio de estrecharnos un poco?

— ¿En qué? — interrumpió la madre, — ¿y para qué? ¿Para perder de nuevo lo que hemos tan penosamente conquistado? No, hija mía, tú no conoces la vida. En París reducir su tren es un suicidio social. Una vez hice, cuando tenía tu edad, la experiencia de la terrible facilidad con que el mundo olvida á los fracasados... Además, no hay que exagerar los cosas. Sólo se trata de atrasos, estamos un poco atrasados con nuestros proveedores, unos cuarenta mil francos nada más y esta miseria se pagará muy pronto, aun permitiendo á tu padre algún descanso.

- ¿Sí? - interrogó la joven todavía con más ansiedad. Aunque no se permitiese juzgar á su madre, la joven no dejaba de conocerla, y se daba cuenta, solo por el acento con que había sido pronunciado aquel «¿si? » de que alli se encerraba el asunto esencial de la conversación. — Sí, la joven lo había adivinado por el acento, alterado de una manera casi imperceptible, pero evidentemente alterado, y también en la mirada que, ante la inquietud de encontrar una resistencia, dulcificábase y se hacía casi suplicante. Evidentemente, las pasadas confidencias, no eran más que un preliminar, ¿pero de qué? Entre la vida modesta en la casita de labor de Provenza, si se convertía en la señora Huguenin, y el pago de los cuarenta mil francos de deudas, suma enorme á sus ojos, Reina no podía establecer ninguna relación. Su corazón palpitaba á impulsos de lo

que le acababan de revelar mientras escuchaba comentar á la señora Le Prieux ese terrible « ¿sí? ».

- ¡ Dios mío! Todo esto es muy sencillo. Pues sí; tan bonita y tan bien educada como eres, no es difícil encontrar un joven rico, muy rico y que, por tanto, no tenga necesidad de buscar una dote... Si te casas de esta manera ¡ qué descanso sería tan grande para el espiritu de tu padre! Y yo, obtendria la recompensa de los sacrificios de toda mi vida. ¿Qué es lo que yo he deseado, vuelvo á repetirte? Una sola cosa : que tu padre y tú alcanzáseis una elevada posición social. La tendrás v para siempre. El resto será facilisimo... Entonces podremos hacer economías, pagar nuestras deudas y tu padre descansará... Cuando una hija ama á sus padres de la manera que tú les amas, hay muchas pequeñas combinaciones muy cómodas. Tendremos las mismas amistades, y si tú recibes una vez por semana, por ejemplo, podré espaciar mis veladas y mis comidas.

Los obsequios que tú hagas nos serán contados á las dos... Supongo que poseerás unas tierras en Turena, no muy lejos de París, y, como es natural, pasaremos allí dos meses cada año. Tu padre podrá ir y venir sin abandonar su trabajo y logrará disfrutar un poco del saludable aire del campo, y en ese tiempo nuestros gastos disminuirán de un modo considerable...; Es un sueño? ino es verdad? No obstante hay sueños que se realizan... Para ello bastaria que la encantadora Reina se hubiese encontrado en un baile, en una comida, en algunos otros lados, en su misma casa, á un joven que apreciase lo que vales, à un joven que comprendiese lo que somos y á quien le proporcionáramos aquello de que careciese: una verdadera superficie social, y que te ofreciese aquello que nosotros no podemos darte, con gran pena de nuestro corazón...

- ¿Conoce usted á ese joven? - interrogó Reina : - Digame su nombre, se lo ruego... ¿ese joven es...?

- En efecto, ese joven existe - respondió la madre, -

y es Edgardo Faucherot.

- ¡ Edgardo Faucherot! - exclamó Reina. - ¡ Ah! es para hablarme de Edgardo Faucherot para lo que...

La joven no acabó; la imagen de su padre acababa de presentarse á su pensamiento así como el recuerdo de las palabras que él le había dicho al separarse de ella, media hora antes, y su común emoción. La joven preguntó: - ¿Sabe mi padre que Edgardo Faucherot quiere casarse conmigo?...



La señora Le Prieux estaba ocupada en pulirse las uñas... (pag. 123.)

- Naturalmente - dijo la madre.

— ¿Y aprueba ese matrimonio? — agregó Reina.

- ¿Cómo quieres que no lo apruebe? - respondió la señora Le Prieux, que agregó: - Y no obstante, tu querido padre no sabe la verdad acerca de nuestros apuros monetarios.

Las mejillas de la joven habían sido invadidas por

tal palidez, y su voz apagada dejaba descubrir tal sacudida interior que la implacable mujer se enterneció. « La hermosa señora Le Prieux » no era un monstruo, aunque su larga explotación del trabajo de su marido, en provecho de su vana pasión por el lujo, fuese casi feroz, y estuviese á punto de ser también feroz para obligar à su hija à un matrimonio cruelmente utilitario. Era simplemente una conciencia viciada por los gérmenes de corrupción que se respiran en la atmósfera del mundo. corrupción á la que la moral corriente, únicamente ocupada con las faltas de galantería, apenas presta atención. La señora Le Prieux se creía una honrada mujer, y lo era en el sentido que se da generalmente á este vocablo. En desquite, el mundo había abolido completamente en ella, por los cotidianos abusos de los compromisos sociales. esa noble virtud de la veracidad intransigente, que no le hubiese permitido ocultar á su esposo y á su hija el paso dado por la señora Huguenin. Pero cuando se han pasado muchos años acogiendo bien lo que se desprecia, haciendo cumplidos á quien se odia ¿cómo y por qué vacilaría en practicar, por un motivo que juzgaba bienhechor para su familia, la vieja y cómoda máxima de que « el fin justifica los medios? » Cuando se ha encontrado continuamente, durante esos mismos años, detrás de los menores actos de la vida, el dinero y siempre el dinero, cuando se ha visto alrededor de si ese todopoderoso dinero, única y constantemente respetado, ¿cómo y por qué no hacer de la fortuna la condición suprema de la felicidad? El mundo enseña á las sensibilidades vulgares (y no lo duden, toda vanidad supone en el carácter un rincón grosero y brutal), la triste verdad de que la necesidad triunfa siempre del sentimiento, y que, particularmente en el matrimonio, el medio más seguro para alcanzar la armonia conyugal reside en la asociación, no de corazones, sino de intereses. Así, pues, se debe tener en cuenta á esta madre que se preparaba tan serenamente á sacrificar á su hija, el escrúpulo que le hizo preguntar á la joven :

- ¿Qué te sucede, Reina? ¿Te has emocionado? ; Qué

pálida estás !...

— No es nada, mamá — dijo la joven. — Estaba tan poco preparada para lo que usted acaba de decirme... Me he quedado sorprendida, he aqui todo...

- Respóndeme francamente - continuó la madre. - ¿No amas á nadie? Si amases á alguien, como soy tu madre deberías decirmelo... ¿Hay acaso otro matrimonio

que te convenga más...?

- No, mamá interrumpió Reina, cuya voz se afirmó para decir : - Ningún otro matrimonio me conviene más... Únicamente — agregó con una sonrisa en donde palpitaba, á pesar suyo, la protesta de su juventud, pidiendo, implorando una tregua antes del sacrificio, ese plazo de la hija de Jefté retirada á la montaña para llorar allí su adiós á la vida, á la esperanza, al amor. — Únicamente desearía algunos días para acostumbrarme á ese cambio tan grande, y sobre todo á la idea de separarme de ustedes... Hoy es martes. ¿Quiere usted darme de plazo hasta el sábado para que la responda acerca de la gestión hecha por el señor Faucherot? Creo que diré: « sí » — y todavía encontró fuezas para añadir : — Pero, — y tomando á su vez un acento solemne, — quiero responder ese sí, después de haber descendido hasta el fondo de mi misma...
- Pues bien ¡ esperaremos hasta el sábado! dijo la madre, la cual seguramente hubiese preferido una inmediata respuesta afirmativa, que le hubiera permitido poner en el acto en campaña á Crucé. Este ligero remordimiento que la hizo interrogar á su hija, también la impidió que la negase aquel plazo de algunos días. Al responder con esa condescendencia ¿no se hacía ella misma la ilusión de respetar el libre albedrío de su hija? Esto fué, por lo menos, lo que dijo á Le Prieux cuando, una vez que Reina salió de su alcoba, entró el escritor que de esta manera mostraba su preocupación, y que había espiado, á pesar de su trabajo, el final de esta entrevista : - ¿Y qué? - preguntó con ansiedad.

- ¡ Pues, nada! Reina se ha turbado mucho, sintiendo gran emoción — contestó la madre; — muy afligida ante la idea de abandonarnos, esto es muy natural; muy emocionada ante los sentimientos que revela el paso

133

dado por Edgardo... La señora Le Prieux ya llamaba por su nombre de pila al joven, Faucherot; tan segura estaba de que seria su yerno. — No he querido darle prisa, y la he concedido hasta el sábado para que nos dé una respuesta definitiva, que será favorable; ella misma me lo ha dicho... ¡Ah! amigo mío ¡si supieras qué feliz soy!...

V

UN DÍA DE RECEPCIÓN EN CASA DE LA SEÑORA LE PRIEUX

IENTRAS que esta madre, que se creía llena de abnegación, anunciaba con estas palabras á su marido el resultado de la entrevista con su hija, ¿qué hacía esta ultima, esta otra victima de las ambiciones mundanas de la terrible mujer? Desde el primer momento, ya lo hemos visto, la doble revelación que acababa de recibir, en medio de su sueño de felicidad, había consternado á Reina : la joven estremecióse á impulsos de la compasión al conocer los apuros financieros en que estaban sus padres y sintió un desencanto próximo á la desesperación, cuando su madre le dijo que su padre deseaba aquel matrimonio con los millones del hijo de Faucherot. La joven se había estremecido, y en este estremecimiento, se había doblegado. Al decir, como lo había hecho: « Creo que diré sí... » Reina había pensado y sentido con gran elevación, con sublime grandeza. La espontánea renuncia á lo que consideraba como su propia felicidad, no parecerá singular, sino á los que no recuerden su propia juventud, y cómo el alma está inclinada en esa edad á los impulsos magnánimos. De todas maneras, Reina hubiera rechazado dificilmente un llamamiento como el que su madre había tenido la habilidad de hacerle. Esta resistencia era imposible desde el momento en que su mismo padre pedía ese sacrificio, y, como ya se ha visto, ese había sido el maquiavelismo supremo de a señora Le Prieux.

No obstante, como también hemos visto, la dulce Ifigenia de esta tragedia burguesa había pedido, sin negarse al cuchillo, una prórroga. ¿Para qué? Esto era debido á que, aceptando la idea de inmolarse á los deseos de su padre y de su madre, la joven no había podido menos de recordar que, al mismo tiempo, iba á inmolar á otra persona y Reina no queria, no podía aceptar esa inmolación, sin haber lanzado hacia esa otra persona, bajo otra forma, el grito de la verdadera Ifigenia:

Le ciel n'a point aux jours de cette infortunée Attaché le bonheur de votre destinée Notre amour nous trompait... (1)

Eso no se había formulado en su pensamiento con la claridad de un proyecto. La joven, mientras su madre le hablaba, sintió que un rinconcito de su corazón, allí donde crecia, allí donde florecía la ilusión de vivir con Carlos, se estremecia y sangraba. ¡Reina no realizó el completo sacrificio á que iba á condenarla el amor filial, hasta que estuvo sola en su habitación, esperando — por una cruel ironía del azar, este martes era el « día » de la señora Le Prieux, — mientras se vestía para ayudar á su madre á recibir á los comparsas de esa comedia mundana, adonde iba ella á representar un papel de lágrimas y de sangre!

En la alcobita, en donde se había refugiado después de haber dado dos vueltas á la llave, al considerar esa comedia social, comenzó á derramar silenciosas lágrimas, sin una palabra, sin una queja. De esta manera daba el último adiós á la Reina, poco afortunada, pero todavía sostenida por la esperanza que, desde hacia varios años, pasaba sus más felices momentos, aquellos que podía robar á la sociedad, entre los cuatro muros de esta estrecha celda, en donde encontraba el símbolo de la contradicción sobre la que descansaba toda su vida. Era una habitación decorada para una persona y habitada por otra.

⁽¹⁾ El cielo no ha unido à los dias de esta infortunada, la dicha de vuestro destino. Nuestro amor nos engañaba.